

Subiendo el camino: vivencias rurbanas de la Collserola pobre

Hoy mientras bajaba el camino, me encontré con mi amiga Manuela que me recomendó otro título para lo que aquí vengo a contaros. Sería algo así como “Fuera de las murallas” y aquello me pareció también evocador, porque Barcelona, como sabéis, debe su forma urbana actual a muchos factores, pero sin duda, uno importante es el hecho de que durante cientos de años estuvo atrapada por unas murallas que no le dejaban crecer. Castigada a estar encerrada en si misma, pudo desarrollar así aquel ensimismamiento al que tantas veces se alude cuando se la describe como una ciudad que vive, o ha vivido, la mayor parte de su historia reciente de espaldas al mar y a la montaña. Yo vengo a hablar de lo que significa estar afuera y adentro de esta ciudad, o lo que es lo mismo, de sus límites y de sus potencias.

No pretendo hablar de urbanismo, madre mía, en menudo follón me iba a meter si tratara de aportar algo en esa materia. Más bien quiero hablar de **Rurbanismo**, de algo que afortunadamente puede suceder y sucede en esta ciudad, porque Barcelona tiene algo que la hace especial, aparte de sus bares, sus cielos y sus olas. Esta ciudad tiene límites físicos. Límites naturales, claros y nítidos, fronteras que no le permiten crecer más. Y es precisamente en los territorios fronterizos donde suelen suceder las cosas más interesantes, aquellas que permiten intuir con más claridad que la vida que vivimos podría perfectamente ser otra diferente y nosotros, de paso, también podríamos ser otras personas.

La vivencia rurbanda es lo que sucede cuando la ubicación de una ciudad permite que algunos de sus habitantes la abandonen sin dejar de estar en ella, que dejen de ser urbanitas sin dejar de serlo en realidad y entren en contacto cotidiano con la antítesis de la ciudad, que es el campo. Sería algo semejante a una vida anfibia, sólo que en el mar, frente al Poble Nou y a la Barceloneta, por ejemplo, de momento no es posible residir en tanto no prosperen proyectos de plataformas petrolíferas, con sus correspondientes centros comerciales, bares de paella y sangria y sus tiendas de souvenirs. Proyectos que a buen seguro duermen esperando su oportunidad en algún cajón del ayuntamiento.

Los seres rurbandos a los que me refiero viven en las montañas de Barcelona, sobre todo en Collserola. Bueno, en realidad la mayoría viven en los inmensos bloques de los barrios colindantes, en Montbau, Guineueta, Canyelles y Roquetas, pero pasan tanto tiempo en la montaña que al final es como si viviesen allí. No son personas de paso, quiero decir que no son como aquellos ciclistas cubiertos de protecciones que parecen gladiadores y surcan a toda pastilla los senderos de la montaña, destrozando todo lo que encuentran a su paso. Ellos, los rurbandos, pertenecen, pertenecemos, a ese medio y esa es nuestra forma de vivir Barcelona.

Hay algo en la vida rurbanda que conecta con el origen de la ciudad, pues fue en sus montañas donde empezó a poblarse este rincón del planeta. Cuentan que los layetanos preferían vivir en los turóns, alejados de los pantanos de la plana de Barcelona donde les diezmaba el paludismo y sus poblados eran más vulnerables, un lugar que solo romanos y cartagineses fueron capaces de secar y convertir en fértiles tierras de cultivo, lo que conectó a Barcelona con las dinámicas globales de la antigüedad. Eduardo Mendoza ya mencionaba en su Ciudad de los Prodigios que los elefantes de Anibal se detuvieron a beber y triscar en las riberas del Besos o del Llobregat camino de los Alpes y que los primeros barceloneses quedaron maravillados a la vista de aquellos animales. “Hay que ver que colmillos, que orejas, que trompa, se decían...” Nuestro asombro hoy en día son los tigres que por estas fechas empiezan a proliferar en las laderas de Collserola, pero más bien en su versión mosquito, que es una de las cosas que cuentan que la globalización actual ha traído a Barcelona desde el lejano oriente en alguno de los miles de containers que cada día llegan al puerto...

Yo vine a esta ciudad a comienzos de siglo procedente de mi querida, pequeña y montañosa Granada. Por aquel entonces la imagen que yo tenía de Barcelona estaba muy influenciada desde mi niñez por las viñetas de Superlopez, en las cuales se mostraba una ciudad gris y caótica, devorada por un tráfico endiablado, del cual huía volando este superheroe torpe y entrañable. Supongo que algo de eso me tuvo que animar a tratar de alzar el vuelo una vez me vi inmerso en esta jungla de asfalto. Los rurbanos que yo menciono alzan el vuelo cada día subiendo los caminos que los conducen a los rincones de la montaña y desde allí divisan, divisamos, la inmensidad urbana con toda su sinfonía de ruidos y a menudo nos alegramos de no estar aquí abajo.

Barcelona tiene una Collserola rica, situada al sur y donde viven, en lujosas torres bien integradas en sus frondosas laderas, la mayoría de los dueños de la ciudad y buena parte de los dueños del país, y una Collserola pobre, situada al norte y sembrada de torres de alta tensión, pelada por los incendios, paraíso de ginestas y chumberas. En esa inmensa escombrera, que devoró toneladas de escombros durante las décadas del desarrollismo, se situaron los polígonos de viviendas que albergaron a esos cientos de miles de barceloneses que llegaron, que llegamos y que siguen llegando a trabajar, o más bien sobrevivir en los últimos cincuenta años. Aquellos inmensos bloques se alzaron como murallas frente a la montaña, las nuevas murallas que la ciudad levantó, despechada por no poder seguir creciendo más allá. Sabemos que Porcioles, aquel alcalde franquista y catalanista nos miró con rabia, lamentando que las montañas cerraran el paso a su proyecto de Gran Barcelona, que hubiera hecho de Poble Nou y Can Anglada barrios de una misma ciudad... la mayor del sur de Europa, el orgullo de sus gobernantes y sus gobernados...

Algo en la arquitectura de aquellos barrios fue pensado para negar a sus habitantes la condición rural. Son máquinas urbanizantes que tratan de extirpar de la población que un día llegó, en su mayoría del campo, ese sentimiento primitivo e inútil en un mundo de fábricas y talleres. Visto así, los vecinos de la Collserola pobre no tienen más remedio que conformarse con ser los guardianes de una gran ciudad, custodiar sus límites, olvidando a menudo que durante muchos años fueron los más pobres de esta ciudad los que más disfrutaron de su naturaleza, siempre negada, ya fuera en las barracas de Montjuich y del Carmelo, o en las playas de Somorrostro, donde cuentan que los gitanos se ganaban la vida pescando clavos en el mar que luego vendían por kilos.

No obstante, frente al atractivo de la ciudad y su maquinaria mediática, que nos inculca ese sentimiento de polilla revolteando en torno a una bombilla, encandilada, una de cuyas máximas expresiones serían las fuentes luminosas que proliferan por doquier, el sentimiento rurbano afirma su propuesta cultural, o mejor dicho, agrícola: la búsqueda de esa otra belleza y todas aquellas recompensas que Barcelona, tal y como está organizada hoy en día, no puede ofrecer. En ese inmenso bien comunal que es Collserola, en cuyos barrios vecinos cientos de Marcovados del suburbio lucen con orgullo sus bastones de madroño o almez, sus manojos de espárragos, de flores y sus verduras y se sientan bajo un árbol o se refrescan en alguna de las fuentes que existen y han sido recuperadas con esfuerzos anónimos y generosos, igual que los cientos de huertos okupados que en ella hemos abierto y en los que hacemos algo que les está prohibido a los habitantes de una ciudad: producir comida. Un lugar donde da gusto pasear al amanecer, cuando atardece o cuando cae una buena lluvia. Para los que vivimos en la montaña, pueden pasar días sin bajar a Barcelona y durante esos periodos uno descubre que tiene que aprovechar las flores del tilo antes de que se vuelvan frutos, que las noche de lluvia son excelentes para buscar caracoles, que el cilantro se espiga si no lo cortas a tiempo y en estas latitudes todavía da para una cosecha más...

Quizás si esta ciudad fuera otra y no la botiga mes gran del món, si se tumbaran unas cuantas manzanas del Eixample para crear grandes parques donde volviera a latir la tierra que quedó sepultada bajo toneladas de hormigón, miraríamos con otros ojos la montaña. Pero mientras tanto, y a menos que nos construyan un tranvía que llegue del Tibidabo a Torre Baró y nos inunde de

turismo, los habitantes de la Collserola pobre nos seguiremos sintiendo afortunados y con esas ganas de ser y de no ser, de guardar la azada y cambiarte corriendo de ropa para bajar el camino galopando a lomos de una bicicleta o surcando los senderos profundos que van a dar al asfalto. Con esa pequeña emoción de tener que improvisar en un periquete el ritual ancestral que las gentes del campo llevaban y llevan a cabo para emperifollarse y disimular su ruralidad al ir a la ciudad y que no se les note que respiran y sudan en otra frecuencia. Entrar en el metro con tierra en las manos, olor a leña y alguna verdura asomando la mochila y mirar el teléfono, aparentando ser uno más, fundiendonos con el flujo humano subterráneo de esta ciudad, de la cual escapamos aliviado horas más tarde, al llegar a la cadena que cierra el paso a los vehículos y subiendo el camino.

Afortunada la ciudad que tiene límites.

Quique